

Dando Razón de Nuestra Esperanza

11 DE FEBRERO 2018

POR: REV. JAVIER ULLOA C.

**ANIMADOS PARA ASIRNOS DE LA ESPERANZA PUESTA DELANTE DE NOSOTROS
HEBREOS 6:17-18**

El Señor nos ha convocado a dar razón de nuestra esperanza, a no retroceder en el empeño y compartir incansablemente el don de la nueva vida que habita en nosotros. En un mundo sin esperanza, la promesa del nacimiento de un nuevo Reino: de paz, de amor, de justicia, de equidad, de salvación, de vida plena, se hace imperioso anunciarlo de palabra y acción. Este año, el Señor nos está llamando a redoblar esfuerzos en esta encomienda y a que con denuedo salgamos a compartir que otra clase de vida y de país es posible, y que lo que ha sucedido en Shalom, es posible que suceda en cada persona, familia y comunidad que lo necesita. Pero para ello hay que estar convencidos, apasionados y equipados. Si, hermanos y hermanas, hay que asirnos nosotros primero de esa gran esperanza que está puesta delante nuestro.

Vivimos en una ciudad que tiene casi 9 millones de habitantes, y si le añadimos las zonas conurbadas, se eleva a 28 millones, la mayoría de ellos viven con enormes carencias, necesidades de todo tipo y grandes vacíos espirituales. Hay cuatro millones de perros, la mayoría en la miseria y en la calle; cinco millones de vehículos, la mayoría en la calle y con un innato espíritu bélico, como si así salieran de fábrica. Una ciudad que produce al día miles de toneladas de basura y de contaminantes; una ciudad en la que suceden tres mil ilícitos “involuntarios” al día; en la que los aviones aterrizan entre vulcanizadoras. Una ciudad que puede, simultáneamente, estar en sequía e inundada; en la que cada vez que pronunciamos un verbo en presente nacen cien niños. Una ciudad que fue decretada hace algunos años como la: “ciudad de la esperanza”, en un conmovedor ejercicio del derecho al delirio de quienes quieren gobernar a fuerza de torcerle el brazo a cualquier promesa, aunque ésta se esfume tan pronto la han terminado de pronunciar ¿Y nos preguntamos: esperanza de qué, o en quién? Entregarle el destino de 9 millones de personas a algo o alguien que aparecen en el escenario sólo cuando las certezas escasean, y cuyo sentido final radica en llenar de entusiasmo pasajero a la gente, para después desaparecer y volver a lo mismo. Porque quien tiene verdadera hambre de esperanza, anhela que algo deje de ser plausible y comience a ser palpable. Alguien me dijo una vez: mi vida no es ni un proyecto, ni siquiera un decreto, sino una lápida. Y quien me lo dijo, no tenía 90 años, sino 25 ¿Qué responder? ¿Hay un mensaje de Jesús que haga la gran diferencia en la gente y en una ciudad como la nuestra? ¿Cómo

vivimos esa esperanza las y los cristianos? ¿Tiene algo que decir Shalom a la gente de esta ciudad?

El autor de esta carta escribe a un grupo de cristianos que sin duda habían padecido persecución (10:32-34), una iglesia que había tenido tiempos gloriosos y grandes maestros y dirigentes (13:17). Una iglesia que a pesar de no haber sido fundada por alguno de los apóstoles (2:3), se había distinguido por su generosidad y liberalidad (6:10). Lo más seguro es que fueran hermanos que vivían en Roma, capital de imperio, con todo lo que implicaba guardar la fe, las convicciones y el buen testimonio en una ciudad como esa. Creyentes conocedores de la biblia judía, pero a la vez, una comunidad ensimismada, quizá medrosa, anquilosada por el tiempo o por las innumerables pruebas, y a la que el escritor de este documento les dice con fuerza y vehemencia: “Salgamos, pues a él, fuera del campamento llevando su cruz, porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la porvenir. Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de Jesús, sacrificio de alabanza, es decir, frutos de labios que confiesen su nombre” (13:13-15). Les dice, que es imposible que los que una vez fueron iluminados por el Espíritu Santo y gustaron la buena palabra de Dios, caigan y con ello crucifiquen de nuevo al Hijo de Dios. Les dice también, que el Señor no olvida sus buenas obras, pero es necesario que cada uno de ellos muestren la misma solicitud, la misma pasión

hasta el final, para dar fe de la plena esperanza (6:1-11). Pero para ello, les ofrece el cumplimiento de la misma promesa de Dios hecha a Abraham: “los bendeciré”. Dios no es inconsistente. No se afana con promesas y juramentos para simplemente anclar una parte de nuestra seguridad mientras que deja la otra parte colgando en el aire. La Biblia reconoce que necesitamos tener esperanza, pero también nos advierte sobre las esperanzas falsas: “No cifren su confianza en nobles, ni en el hijo del hombre terrestre, a quien no pertenece salvación alguna” (Sal.146:3). Nosotros sabemos que la obra redentora que Jesús realizó a través de su entrega en la cruz era todo lo que se necesitaba para transformar definitiva y totalmente a su pueblo, y no solo una parte de él. Entonces, ¿Por qué el autor de la carta nos alienta a asirnos de nuestra esperanza? (v.18) Si el estar asidos de esta esperanza es algo que Cristo obtuvo y que quedó irrevocablemente asegurado a través de su muerte y resurrección, entonces ¿por qué Dios nos dice que nos aferremos? Él murió para que nosotros hagamos exactamente lo que Pablo hizo: “Sigo adelante, a fin de poder alcanzar aquello para lo cual también fui alcanzado por Cristo Jesús” (Fil. 3:12). No es necedad, es convicción, es sentido de la nueva vida, es certeza de la meta que se persigue. Por eso, hay que buscar hasta alcanzar aquello para lo que Cristo nos alcanzó, y aferrarnos a eso con todo el poder que él nos da.

ASIRNOS DE LA ESPERANZA QUE CONSUELA

Este texto supone que Dios ya ha dicho lo necesario para darnos consuelo, pero, como él no es un Dios minimalista y su objetivo no es decir tan pocas palabras de aliento como le sea posible. Al decirnos algo para darnos esperanza, ya que es un Dios afectuoso, se dice para sí, "esto es bueno, me gusta hacer esto, lo haré nuevamente." Y entonces nos da más palabras de aliento. Pero, no solo más palabras, sino palabras superiores. Él va de una promesa digna de confianza, a un juramento, y no cualquier juramento, sino, el mejor y mayor tipo de juramento sobre su persona. ¿Por qué? No porque su palabra sea débil, sino porque nosotros somos débiles y él es paciente. Él quiere recalcar nos cuan esperanzador es nuestro presente y futuro, él quiere que lo sintamos y lo vivamos cada día, él da el kilómetro extra para que nos sintamos reconfortados, y a esto se refiere cuando dice: "queriendo Dios mostrar más abundantemente". A fin de que: "tengamos un fortísimo consuelo" ¿Cuán reconfortados quiere Dios que nos sintamos? Al decir "fortísimo consuelo", pudo haber dicho "gran consuelo" o "profundo consuelo", todos hubiesen sido certeros, pero, el término es en verdad "fortísimo". Es un consuelo que sobrepasa cualquier temporada depresiva, cualquier mal rato, cualquier desavenencia, cualquier experiencia difícil, dura y profunda. Shalom: "¡Dios quiere que tengamos un fortísimo consuelo!" "¡Dios realmente quiere esto, como los abrazos de quienes nos aman y nos transmiten todo un mundo de paz, esperanza y aliento! Consuélate Shalom.

ASIRNOS DE LA ESPERANZA QUE ES FRUTO DE LA PROMESA

"Para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros". Hay buenos momentos en la vida, pero también los hay malos. Si nosotros hemos puesto nuestra esperanza en Cristo, podemos estar seguros que no saldremos defraudados. Hay una esperanza frente a nosotros. Tiende la mano y apodérate de ella. Dios te está incitando a hacerlo. Tómala ya, disfrútala ahora, vive con ella ahora, consuélate fuertemente. Porque nuestra esperanza está sellada doblemente: la promesa de Dios y el pacto de Dios. Abrázala como Jacob abrazó al ángel y no lo soltó hasta recibir su bendición. La esperanza es el ancla del alma (v.19). Nos hace firmes en medio de las tempestades de la vida. Nos da la motivación para perseverar y la fuerza para alcanzar. La esperanza es el yelmo de la armadura cristiana para resistir y, habiendo acabado la lucha, salir más que vencedores (1ª Tes. 5:8). Con razón nos regocijamos en la esperanza, porque es el verdadero gozo del alma. La promesa de Dios es lo suficientemente fuerte como para sostener a su pueblo que enfrenta sus ensayos más pesados.

Estamos en esta ciudad como un barco en alta mar, nos arrojan hacia arriba y abajo, y enfrentamos el peligro de ser hundidos. Necesitamos un ancla que nos mantenga seguros y estables. La esperanza del evangelio es nuestra ancla en las tormentas de este mundo. Es segura y firme. La gracia de Dios, la palabra de Cristo, y la poderosa influencia de su Espíritu,

son los motivos de esta esperanza. Pongamos nuestros afectos en las cosas del Señor, y esperamos pacientemente por su manifestación. Jesús es un transformador del alma. De cerca o de lejos, de frente o de perfil, por contacto o por influencia, Jesús ha cambiado nuestras vidas, nos ha dado la seguridad de la alegría. El tiempo y Jesús trabajan en sentido contrario. El tiempo erosiona y desgasta. Jesús nos aumenta, nos agrega, nos hace florecer aún en medio del desierto y las tormentas. Jesús pasa por nuestras almas para invitarnos a vivir.

Cuando Pablo estaba en cautiverio, él compareció ante oficiales del gobierno y les informó que para la “esperanza de Israel” y para la “resurrección de los muertos” él había sido llamado para dar cuentas de sí mismo. Eso era cierto. Él podría haber abandonado su esperanza, y la persecución a la cual él estaba sometido cesaría. Pero, ¿cómo abandonar lo que se sostiene? ¿Cómo abandonar aquello que ha llegado a formar parte de su vida? Pablo no quiso hacerlo. La esperanza nos da poder para resistir con aplomo y para dar testimonio con alegría. Nos ofrece una perspectiva de vida que es positiva. Este fin de semana alguien contó la historia de un hombre que llegó poco tarde a un juego de béisbol de niños y le preguntó a un chico que se encontraba en la banca cuál era el marcador. El niño contestó que el marcador era dieciocho a cero, y que su equipo estaba perdiendo. El hombre compadecido del niño le dijo: “Debes estar desalentado”. Y él contestó, “Claro que no, Señor, porque ni siquiera hemos bateado nosotros” ¿Bueno, eso es cosa de niños? Ajá. Así es como se dan las vueltas a los marcadores adversos ¡Esa sí que es esperanza! “Esto no se termina, hasta que se termina”. Si así se dice en el ambiente del Beisbol, cuánto más en la vida de una iglesia que sabe que el que tiene la primera y la última palabra es el que nos ha traído hasta acá para no volver atrás. ¡Esto aún no se termina, la esperanza en Cristo aún no ha dicho la última palabra!

Nosotros decimos: "Es imposible", Dios dice: "Lo imposible para los hombres es posible para mí" (Lc.18:27). Nosotros decimos: "Estoy muy cansado", Dios dice: "Yo os daré descanso" (Mt.11:28-30). Nosotros decimos: "Nadie realmente me ama", Dios dice: "Yo te amo" (Jn.3:16;13). Nosotros decimos: "No puedo seguir", Dios dice: "Mi gracia es suficiente" (2ª Cor.12:9). Nosotros decimos: No puedo hacerlo, Dios dice: "Todo lo puedes en Aquel que te conforta" (Fil. 4:13). Nosotros decimos: "No estoy disponible", Dios dice: "Siempre estoy disponible" (2ª Cor. 9:8). Nosotros decimos: "No me puedo perdonar", Dios dice: "Yo te perdono" (1ª Jn.1:9; Ro.8:1). Nosotros decimos: "Tengo miedo", Dios dice: "No te he dado un espíritu de cobardía" (2ª Tim. 1:7) Nosotros decimos: "No soy lo suficientemente inteligente", Dios dice: "Yo te he dado sabiduría" (1ª Cor.1:30). Nosotros decimos: "Me siento solo", Dios dice: "No te dejaré ni te abandonaré" (He. 13: 5).

Esa es verdaderamente la esperanza que todos debemos no solo tener, sino compartir. Pedro animó a sus hermanos: “Estad siempre preparados para responder con mansedumbre y reverencia a cada uno que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1ª Pe. 3:15). Amados hermanos y hermanas, nuestra esperanza no es un espejismo en medio del

vaivén de una ciudad. No es una ilusión de locos que no saben qué hacer con sus vidas. Está basada en las promesas de un Dios que no miente y en un pacto que es inquebrantable. La esperanza es el ancla del alma y la razón de nuestro testimonio. No lo olvidemos, Shalom: “En Dios solamente reposa mi alma, porque de él viene mi esperanza. Solamente él es mi roca y mi salvación. Es mi refugio, no resbalaré” (Sal. 62: 5-6)

Amén